

DOCTOR GONZALO MEJIA

Es con el más profundo dolor como la REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA, registra la muerte del doctor Gonzalo Mejía, distinguido médico, acaecida en Cali en los últimos días del mes pasado.

Tanto el Cuerpo médico de aquella ciudad, como la Sociedad entera, han deplorado en forma sincera y manifiesta la pena que les embarga haciendo un cálido homenaje a los restos mortales de quien fué un verdadero clínico y un noble apóstol de nuestra profesión.

La REVISTA DE LA FACULTAD se une pues, al duelo de los colegas de Cali, y acoge, como suyas, las palabras pronunciadas en el Cementerio por el doctor José Ignacio Vernaza.

Cali, noviembre 30 de 1943

Señor doctor Jorge Bejarano.—Bogotá.

Mi querido colega y amigo:

No se si sepa de la muerte de nuestro colega el doctor Gonzalo Mejía, quien nos dejó hace tres días. Muy de sentir la muerte de este gran clínico y abnegado apóstol de la medicina.

Como creo un deber rendirle un homenaje, le incluyo el discurso que pronuncié ante su cadáver para si lo tiene a bien insertarlo allá en alguna publicación científica o algún periódico.

Consérvese bien, en ésta a sus órdenes y mande a su amigo afmo. y colega,

José Ignacio Vernaza

Imposible no cerrar esta tumba con unas breves palabras de dolor, que labios agradecidos han exigido que digamos.

Aun para quienes miran estos acontecimientos de la muerte como un fenómeno natural que tiene que cumplirse inevitablemente, no pueden pasar inadvertidas ciertas desapariciones.

La muerte del doctor Gonzalo Mejía Caicedo es una gran pér-

dida para la ciencia médica colombiana y un rudo golpe para la ciudad de Cali en donde él ejerció su apostolado.

Su apostolado, hemos dicho! Efectivamente el doctor Mejía Caicedo no vio en la ciencia médica sino una manera de hacer el bien, jamás una consigna de especulación o comercio. Con el dolor no se especula y él fue una reacción viviente contra aquellos que imaginan que la medicina es puerta abierta para ejercitar los menesteres del agio. Por eso nos seduce especialmente su vocación de médico!

Todo en él era abnegación y caridad, realizando a la perfección la sublime consigna que debe imponerse todo aquel que alivie a la humanidad en su lucha contra la muerte. Por cumplir esa consigna, ha caído. En altas horas de la noche, ya con una afección gripal, salió de su hogar a recetar un paciente pobrísimo. El frío de la noche le produjo la neumonía que descompensó el corazón y se lo llevó a la tumba.

El doctor Mejía Caicedo fue un profesional que en su carrera no se dedicó a ninguna otra actividad extraña al ejercicio de la medicina. El no tuvo la flaqueza que hemos tenido otros médicos de cambiar tan noble profesión por el desastroso ajetreo de la política. Fue solo un médico, pero un médico en la más alta concepción de la palabra. Desde los claustros de Santa Inés y de San Juan de Dios en Bogotá, donde fue modelo de estudiantes y en donde vimos a este colega como al hombre de ciencia vocacional, no pensó sino en ahondar en los más serios y difíciles problemas de la clínica, hasta alcanzar en esa rama de la medicina una autoridad inapelable. Dijérase que su sagacidad suplía la carencia de otros medios de diagnóstico, como el radium que expone ante los ojos del clínico inseguro, la certeza objetiva del caso que se estudia, hasta lograr la eutenia ambicionada.

No hubo junta de médicos en la cual no se oyese su concepto siempre seguro, como también dispuesto a su misma rectificación, por el frío análisis que debe hacer el buen clínico de su propio diagnóstico, con aquella diáfana humildad que aconseja Dieulafoy para los diagnosticadores inapelables, cuyo orgullo se cifra en una eutanasia lenta y progresiva para el enfermo.

La profesión de médico es una cátedra de perenne estudio. Un detalle, el más insignificante, puede resolver una situación. El médico a este respecto debe ser el más paciente, suave y cauto de los investigadores y no le es lícito amanerarse, como los que llegan al lecho del paciente, toman el pulso, ponen el termómetro y prescriben el mandato de una receta con la especificidad ya fabricada. Junto al enfermo tiene el buen médico un laboratorio expuesto para el diario análisis, allí está la incógnita por descifrar. Eso hacía en todo momento Mejía Caicedo y por eso acertaba siempre, gozan-

en Cali y en el Valle de una merecida fama como el primero de los clínicos.

El 28 de este mes cumplía sus bodas de plata profesionales, pues se graduó en Bogotá ese día en el año de 1918. Revisando su diploma he visto en él los nombres de maestros que ya descansan el sueño eterno: Pompilio Martínez, el gran cirujano; Juan David Herrera, maestro de maestros; Luis Uricoechea, Julio Manrique, Julio Aparicio el único vivo. Un cuarto de siglo en lucha contra la muerte, sin abandonar un solo día la trinchera! Y qué lucha tan imposible y desigual es al de un médico. Siempre vencido por los proyectiles de la enemiga omnipotente, no cesa en su porfía. Derrotado de todas las horas, defiende sin embargo la fortaleza humana contra el ejército microbiano, con más valor y coraje que esos estrategias que de toda pulgada del terreno hacen una fortaleza y no la abandonan sino en escombros.

También el defensor ha muerto! Pero qué muerte tan edificante la suya! Presidía la última junta el Médico Divino, con el óleo santo que unge la carne mortal de los agonizantes, ese Divino Diagnosticador en el cual creyó con fe sincera y honda Mejía Caicedo, como es de rigor que crea el auténtico hombre de ciencia, como creyó Pasteur, quien solía decir siempre a sus discípulos: "cada que más estudio y más aprendo, mas me acerco a Dios". Así fué siempre en la práctica de su rito, edificaba viéndolo oír misa y con la filosofía del creyente rebatía todas las objeciones que se le hacían a su credo.

No ambicionó nunca tener más honores que el supremo de ser médico. Nació en Tuluá, muere de 54 años y cuando todavía hubiera podido rendir una jornada de mayor abundancia Cali ha perdido no un médico sino, como decíamos al principio de estas dolientes frases, un apóstol de la caridad. La ciencia médica colombiana sufre también una pérdida de gran magnitud y cuantos supimos cuáles eran los quilates de su alma su doctrina y su abnegado corazón, un amigo y un colega irreparables.

En la página de honores, escrita con lágrimas de agradecimiento y que el pueblo de Cali debe dictar para este muerto, tendrá que leerse un comentario inevitable: "y por cuanto fuiste un benefactor nuestro, que Dios te dé la eterna recompensa".

Y yo, colega inolvidable, dejo sobre tu sepulcro la corona de mi oración, que es la más bella e inmarchitable de todas las ofrendas.

José Ignacio Bernaza